

Rindióme del dolor el grave peso :  
 —¡ Maldito lo que muere si se toca !—  
 Grité del desencanto en el exceso.  
 Luégo al hogar corrí con ansia loca,  
 Y ¡ Eureka ! ¡ Eureka ! Te encontré en el beso  
 Que mi madre estampó sobre mi boca !

R. ESCOBAR ROA

1906



## ERNESTO HELLO

*“ La réputation est la paradis et  
 le contraire de la gloire. ”—E. H.*

Entre la pléyade de grandes escritores católicos franceses del siglo XIX, ninguno menos conocido ó más injustamente olvidado que aquel cuyo nombre ponemos al frente de estas líneas, no con el ánimo de vengarlo de esa injusticia, lo que en nosotros sería pretensión ridícula, sino para rendirle un tributo, si bien mísero y pobre, de nuestra admiración y cariño ; la admiración y cariño que dejan siempre en el ánimo del lector aquellos escritores que han sido durante largo tiempo los generosos directores de nuestra inteligencia, á la vez que los mejores amigos del espíritu.

Nació Hello en Lorient el 4 de Noviembre de 1828, en ese rincón de Francia—como dice su biógrafo José Serre—que un poeta ha llamado :

*“ La terre de granit recouverte des chênes. ”*

Su padre, abogado distinguidísimo, pertenecía á la alta magistratura ; cuanto á su madre, hé aquí cómo la describe el biógrafo citado :

*“ Mme. Hello era una noble señora un poco grave, que llevaba erguida la cabeza y el corazón levantado, distinguidísima, muy espiritual é instruída, muy digna en su actitud moral y física y además, muy bonita. ”*

Desde sus primeros años dio Hello muestras de la más clara inteligencia, acompañada de una gran memoria, tanto que su madre le enseñó la Historia mucho antes de que aprendiese á leer. Sus primeros estudios los hizo en Rennes, donde era á la sazón su padre Procurador General. Habiendo sido éste nombrado poco después Consejero en la Corte de Casación, pasó á París, donde terminó sus estudios en el Colegio de *Louis-le-Grand*, graduándose de abogado á la edad de veinte años. Pero ejerció bien poco su profesión; una tarde se presentó á su padre, diciéndole: “acabo de salir de la Conferencia donde se ha discutido si un abogado debe ó nó hacerse cargo de una causa que él tenga la convicción de ser injusta, y la cuestión ha sido resuelta afirmativamente. Mis compañeros no me contarán más en medio de ellos.” Y desde entonces, hasta el fin de su vida, se hizo, como muy bien lo dice Serre: “abogado de la Verdad, en la tribuna del Espíritu humano,” dedicándose con perseverancia al estudio profundo de la teología católica, siendo conducido en sus primeros pasos en tan ardua empresa por el abate Baudry, más tarde Obispo de Perigueux, á la sazón Profesor en el Seminario de San Sulpicio. Dos amigos de Hello, hacia la misma época ejercieron sobre su talento luminosa influencia: Lacordaire y Gratry, especialmente el primero, cuyas conferencias en *Nuestra Señora* hacían el encanto del joven Hello.

Casó á la edad de veintinueve años con Mlle. Zoé Berthier. “El nombre de una mujer es la historia de dos vidas: la suya y la de su marido”—ha dicho Ernesto Hello,—sentencia que, quizás sin riesgo de equivocarnos, pudiéramos hacer más extensa. ¡Cuántas, acaso sin saberlo, han fijado para siempre los destinos de un hombre! Pero Ernesto Hello tuvo la fortuna—lo que él consideraba con razón un dón del cielo á muy raros concedido—de hallar lo que buscaba. “*Mamá Zoé*,” llamaba él tiernamente á la virtuosa compañera que le “prolongó”

la vida—como él mismo dijo á tiempo de morir—durante treinta y un años, los que sin ella difícilmente habría podido emplear sin interrupción ninguna al servicio del Bien y la Verdad. Y es que mientras más grande sea un hombre más necesita ser comprendido, *completado* por la mujer amada. A un hombre vulgar le basta con la belleza física de ésta y acaso con cualidades menos dignas, sin preocuparse nunca del *alma*. Y aquí vienen á mi memoria aquellos conocidos versos de un poeta español del siglo de oro:

“Es un ángel mujer que sale buena;  
Así el cielo de allá me la enviara  
De veinte abriles y donosa cara! .....”

En 1859 empezó á publicar el periódico *Le Croisé*, en compañía de su amigo Georges Seigneur. Refiérese una anécdota curiosa acerca de su fundación. Hallábanse en casa de Hello los dos futuros redactores de *Le Croisé* y quejábanse de la falta de dinero para dar principio á sus labores, lo que oído por un sobrinito de Hello, niño que apenas contaba cinco años, inspiró á éste la feliz ocurrencia de correr á la pieza vecina y pedir á su abuela diez sueldos:

—¿Para un juguete?, le preguntó ésta.

—No, para un pobre, dijo el chiquitín.

Y volvió al instante grave y sonriente á depositar su bella limosna en manos de Seigneur. De este día en adelante—dice Serre—nunca faltarán fondos á la empresa del *Cruzado*. Multiplicáronse las suscripciones, y un distinguido grupo de colaboradores acudió á dar mayor brillantez al gran diario. La vida de éste, empero, fue de corta duración. Algo grave ocurrió entre los dos amigos que causó la muerte del periódico; un profundo silencio guardado por Hello á este respecto nos hace ignorar lo acaecido, y sólo aparece una bellísima carta suya dirigida á Seigneur, cuando se hallaba éste agonizando, la cual

hace conjeturar que la culpa no fue del hombre cuya figura contemplamos ahora á grandes rasgos.

Muerto el *Cruzado*, Hello se dedicó á escribir en todos los grandes periódicos de entonces, que se honraban con su colaboración, entre otras, los siguientes: *L'Univers*, *Le Monde*, *Le Constitutional*, *Le Moniteur*, *Paris-Journal*, *La Civilisation*, *Le Gaulois*, *Le Courier de Bruxelles*, *Le Propagateur*, etc. Y si de esto pasáramos á citar los títulos de los artículos publicados en ellas para que se viese la diversidad de materias que constituían aquéllas—Filosofía, Crítica, Historia, Literatura,—se comprendería con cuánta razón su notable biógrafo da á Hello el justo título de *periodista universal*. Pero si bien publicados esos artículos en periódicos, nada tienen de común con la índole de esos escritos cuyo carácter principal es su existencia efímera. Ellos son los que constituyen sus obras, publicadas unas por él mismo, y otras, algún tiempo después de su muerte, por Mme. Hello bajo la sabia dirección de Enrique Lasserre, el conocido autor de *Nuestra Señora de Lourdes*, grande amigo de Hello y entusiasta admirador de su genio. Y ya que estampamos esta palabra, sépase que nadie, con mejores títulos, merece este alto calificativo, por desgracia con tanto exceso prodigado á vulgares mediocridades, lo mismo aquí que en el Viejo Mundo. Bien lo dijo ya Espronceda:

“ Aunque ahora que un sastre es *esprit fort*  
No hay ya visión que nos inspire horror.”

Uno de los caracteres propios de los escritos de Hello es la profundidad de los pensamientos, el estilo acerado y vigoroso, la sublimidad de las ideas. Era un gran pensador, y con eso queda dicho que era un grande escritor; pues es cosa bien sabida que el secreto para merecer este calificativo radica única y esencialmente en el vigor del pensamiento, en el conocimiento absoluto—hasta donde es humanamente posible—de la materia que se dilucida.

Toda idea—dice Ernesto Naville—nace de una hipótesis; principio que aplicado á la materia que nos ocupa, da forzosamente este resultado: el que apenas desflora una materia y con una vaga idea pretenda dilucidarla, no hará nunca nada sólido; y en las letras dejará menos huellas que las que dejan en las crestas de los montes las sombras de la noche cuando aparece, radiante de luz, la aurora en el Oriente. No basta entrever la belleza: ¡Cuántas lágrimas cuesta al artista apoderarse de un hilo de luz de sus flotantes rayos, como la suelta y ondulante cabellera de una mujer hermosa! Amigos idólatras de la retórica, la mayor parte de los escritores ignoran ú olvidan aquella profunda sentencia que trae Hello en una de sus obras: “En lo sublime corresponde una gran parte al silencio.” Y así de las demás artes: Hércules, símbolo de la fuerza, aparece casi siempre representado en completo reposo.

Lo sublime es precisamente lo que más abunda en los escritos de Hello; por eso sus obras no serán nunca populares. ¿Cómo negar la fatiga mental que produce visitar esas infinitas alturas que en recorrer se extasía el Genio? ¿Quién no siente algo semejante al vértigo que produce el imaginar la perpetua rotación de los mundos por el éter inconmensurable? Pero también—¡oh raro poder de la sabiduría!—cuántas veces conducidos por ésta trepamos á una verde colina, á una de nuestras cordilleras orientales, y en espléndido panorama vemos la salida del sol sobre los llanos: todo es luz, pero luz de aurora que no ciega sino acaricia las pupilas! Esta misma fruición producen las ideas que empiezan á brillar en el cerebro.

A la edad de treinta años, en 1858, publicó Hello su primera obra, titulada *Renán, la Alemania y el ateísmo en el siglo XIX*, y poco después un nuevo opúsculo, *El estilo*: ambas se hallan refundidas en obras suyas posteriores. En 1868 y 1869 publicó, respectivamente, las dos traducciones siguientes: *Angela de Foligno y Rusbrock*; luego siguieron *El Hombre*—considerada por muchos la



obra maestra de Hello—*Fisonomía de los Santos, Palabras de Dios, Cuentos extraordinarios* (1879) y *Los platillos de la balanza* (en 1880). *Filosofía y Ateísmo* y *El Siglo* (no sé si exista otra) constituyen las obras póstumas de Hello, publicadas, como atrás queda dicho, por Mme. Hello bajo la inteligente dirección de Enrique Lasserre.

— Nos hemos concretado únicamente á citar los títulos de estas obras admirables que han constituido nuestro pan intelectual en horas sombrías, cuando á manera de nubes de verano—no por eso á nuestra vista menos amenazadoras—hemos sentido cernirse sobre nosotros el espectro terrible de la duda (como no ha habido casi nadie á quien no le ocurra); porque si bien Dios nos ha dado la gracia de vislumbrar la Verdad, la Belleza Infinita á través de esas páginas, si se nos permite la frase, rebosantes de esplendor divino, nos sentimos de otro lado incapaces de analizarlas y — lo confesamos humildemente—tememos que la pobreza de nuestras frases desanime á muchos, que á su vez se hallen sitibundos de verdad, de allegarse á beber en la misma cristalina fuente. Y es que Hello tiene ese poder extraño de convencer á los hombres (hablo de los hombres sinceros) y de hacerse amar de ellos, porque pertenece á esa raza grande y generosa que un poeta comparó con las pelícanos, que se rompen el pecho con el acero de su pico para dar á beber á sus hijos su propia sangre. Quien dude de esto, lea esas hermosas páginas que él titula *La caridad literaria*, y díganos, con lealtad, si hemos mentido. Ahí está toda el alma de Hello: él que siente el ardor de hablar, la fuerza del genio que en él habita, que amaba tanto la gloria para que sus palabras fuesen á manera de lenguas de fuego, sufre horriblemente pensando que sus escritos no los leerá nadie, que no será oído, que su voz se perderá en las soledades del egoísmo humano, y en un arranque sublime pide una limosna —sí, es una *limosna* la que pide:—la *caridad literaria*!

Las obras de Hello destilan por doquiera esta amarga tristeza, que aumenta espantosamente en él con la contem-

plación de la manera tan distinta de obrar sus enemigos: ¡cómo ensalzan éstos á sus escritores! Allá, en el campo contrario, todos son genios, todos son grandes, todos son artistas! (Todos son COLOSOS PARA EL MAL, ha dicho el más grande de nuestros pensadores). En cambio, de los hombres buenos y verdaderamente grandes todo el mundo se cree con derecho á despreciarlos y hasta á reírse de ellos. Entre nosotros, ahí está el ejemplo de lo ocurrido con Bolívar, á quien los *chinos* de Bogotá llamaban *longaniza*. ¡Desdichados países aquellos que no saben apreciar á sus grandes hombres!

Pero si es cierto lo que queda dicho acerca de la indiferencia, creemos no obstante que Hello exageraba un poco los males que ella produce; pues como dijo el cantor de las *Noches*:

“Les plus désespérés sont les chants les plus beaux.”

Y ahí están para no desmentir al gran poeta, centenas de páginas de Hello, dictadas por la amargura de la decepción, que son las mejores, quizá de todos sus libros. *Donnez nous aujourd'hui notre pain quotidien*, es un capítulo que quisiéramos leer todos los días; “es el grito —diremos valiéndonos de expresiones del mismo Hello— voluntario ó involuntario, consciente ó inconsciente de toda CRIATURA. Tener necesidad es el hecho universal de la creación. *Criatura, es aquella que tiene necesidad.*” ¡Consoladoras palabras que nos hacen mirar al cielo, diciéndonos que mientras más miserables seamos, somos más hombres! De ahí ese anhelo vehemente en nosotros, que no ha de saciarse con nada, esa sed infinita del más allá, de una vida eterna en que los goces no se miden por la mano sarcástica del tiempo: Dios, en una palabra.

Considerado como crítico, dudamos que haya existido otro que posea como Hello, en tan alto grado, un gusto tan exquisito, una profundidad tan grande, tanta independencia, ni una mayor amplitud de miras. Diseminados aquí y allá van apareciendo en sus escritos los juicios más pro-

fundos sobre los hombres y sobre sus obras: Homero y Virgilio; Shakespeare y Víctor Hugo; Lamartine y Alfredo de Musset, y mil más, se muestran á nuestra vista tales como ellos fueron: á todos les concede lo que poseyeron, les niega lo que sólo ha existido en la imaginación de los hombres que los han juzgado. Y así de sus obras y de los hechos de la Historia: él todo lo ve de cerca y lo mide, no con la vara vulgar, con la mirada penetrante del genio.

Hello, fervoroso creyente, oye con gran dulzura los cantos desesperados de Musset—“*le plus vrai poète de ce siècle,*” que dijo Mantalambert. “¡Pobre Alfredo de Musset!”, exclamaba Hello en la primera línea del capítulo que le dedica.

Por primera vez Hello no es el crítico severo: ese primer grito nos lo hace ver emocionado, aún resuenan en su oído las notas armoniosas del poeta; él bien lo sabe: Alfredo de Musset era más que todo un ruiseñor—¡un ruiseñor delicioso!—que, aunque enamorado de la luz, no podía resistir los rayos solares y amaba sólo cantar en las noches de Mayo á los tibios resplandores de la luna. ¡Cómo lo compadece! Comprendió los dolores de esa grande alma, torturada por la duda, y lo perdonó como Jesús á la Magdalena: porque había amado mucho. Se diría, leyendo esas líneas, que Hello visita la tumba de Musset y, á manera de oración, la riega con sus lágrimas. Su indignación la guardará él para las mediocridades y para los orgullosos; se acuerda, sin duda, que él nunca fue capaz de matar aun la más pequeña de las aves.

Lo repetimos: este no es el Hello que se ríe de *Romeo y Julieta*, que hace trizas la escalerilla de seda para romper las pláticas amorosas de los dos enamorados; el que desprecia á La Fontaine, cuyo ideal *c'était le renard!*; el que, en vida de Víctor Hugo, hace callar un momento á la muchedumbre que lo ensalza frenéticamente, se enfrenta con el maestro y en actitud digna y respetuosa, pero virilmente libre, le saca en cara todos sus defectos. No, no es el

mismo; pero no podemos negarlo: nos gusta más verlo así, más piadoso, en presencia de aquel que dijo:

“Le seul bien qui me reste au monde  
Est d'avoir quelquefois pleuré.”

Y Hello respetaba las lágrimas, porque éstas eran para él la más bella de las oraciones.

Una cualidad de Hello, que nos lo hace amar profundamente, era su grande amor á la libertad. Su biógrafo, tantas veces citado, hace esta profunda observación: no creo, dice, haber leído nunca en sus escritos la palabra *freno*. Y es que Hello era “HUMILDE ANTE DIOS Y FUERTE ENTRE LOS HOMBRES,” como dijo una vez mi padre (perdóneseme la justa satisfacción de citarlo) de su ilustre hermano Pascual Bravo, el joven Presidente de Antioquia, una de las gloriosas víctimas sacrificadas en nuestras miserables contiendas civiles; todo ello precisamente porque no hemos sabido ó no hemos querido comprender aquellas palabras que dijo Jesucristo: MI VERDAD OS HARÁ LIBRES. De un lado la intransigencia estúpida, del otro el amor suicida á la libertad mal entendida. Católicos conservadores y liberales (*radicales* debiéramos decir) podrían sacar luminosas enseñanzas de las obras de Hello.

Francia, la segunda patria de todos, como la ha llamado un grande escritor, es hoy la víctima sacrificada al segundo de aquellos errores; en la patria de San Luis, en nombre de esa libertad, se inventarían los bienes de Dios como los de un comerciante arruinado; sus hombres han olvidado el misterio sublime de la Eucaristía, pero se han acordado de las esmeraldas incrustadas en los vasos sagrados, de las piedras preciosas de las custodias!

Hé aquí por qué, contando con la benévola acogida que dio á otro escrito nuestro la REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, nos hemos atrevido á dedicar á Hello estas líneas, al evocar, no sabemos cómo, estas terribles palabras suyas:

“*Qu'ils tardeat les BARBARES à venir!*”

Bogotá, Agosto de 1906.

FEDERICO BRAVO

Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico